

A través del espejo

Poética del agua, II

Hugo Hiriart

Algo santo hay en el río nadando, nada en él mismo, feliz como un niño, el agua en sus tumbos refrescando al agua, y va discurriendo el río en todas sus texturas: ya liso como seda, ya en rizos de cordero blanco, ya suave, ondulado, colinas en movimiento, dibujando el perímetro generoso de cadera de muchacha de Diego Velázquez, vista de espaldas, desnuda, tendida ante al espejo. Discurre el torrente, avanzando porque la ley del río es siempre avanzar y avanzar, ¿o has visto dudar a un río? Nada lo detiene, todo obstáculo sortea y cuando desemboca en el abismo no vacila y se deja ir al vacío, atlético y audaz en la curva imperiosa de la catarata.

*No sé mucho de dioses, pero pienso que el río
Es un vigoroso dios pardo...*

Pero hay agua quieta, cabalmente sedentaria, basta para obtener la frialdad, frialdad severa, menos cero. Y ahí en esa austeridad, la nieve precipitándose en la nevada silenciosa. Suave nieve, crujiente y escultórica, lo fluyente amansado y modelable. Nada más limpio y cordial que el mundo bajo nieve reciente. Hasta el muladar repulsivo se vuelve terreno inmaculado bajo la nieve generosa. Toda esta gentileza desaparece en el bramido colérico de la tormenta, aire bestial que engendra lobos corriendo ya cerca del trineo donde viajan asustados damas y caballeros rusos tocados con gorros de piel.

Los griegos clásicos entendieron que cerca del agua moraban siempre los dioses. Las ninfas, para ser exactos, hijas de Zeus y personificaciones de las fuerzas que presiden la fecundidad de la naturaleza. Náyades llamábanse las de los ríos, y nereidas, como el glorioso danzón, las del mar.

A nosotros, tan lejos de la magia del agua que nos basta girar el grifo para tener agua, nos está vedado saber de esas cosas: Si sorprendiéramos a una ninfa despuntando entre la espuma, no podríamos reconocerla. Hemos perdido la habilidad para personificar, y ninfas, ángeles, hadas, duendes y hasta fantasmas, aburridos de nuestra ceguera, nos han abandonado.

Y piensa el *iceberg* flotador, bola del gran billar oceánico.

Y arriba, airosa, la nube blanca, agua voladora. Qué lenta y deleitosa es la nube, qué sugerente es el juego de sus formas. Hamlet y Strindberg anotaban en sus diarios los dibujos de las nubes que habían ido viendo durante el día. También la nube es agua, pero agua ilusoria que, como los anhelos humanos, es nítida en la lejanía, y va tornándose espectral, dispersa e inmaterial en la proximidad y la entraña.



J.W. Waterhouse, estudio para *Hylas y las ninfas*, 1896

El mar de altamar, verde oscuro, y sobre él marineros, el *iceberg* y la delgada goleta que avanza muy ceñida al viento, y arriba la nube, *iceberg* pero de pluma, y debajo el camino de la ballena y los peces y más abajo el oscuro jardín con sus peces, ágiles flores de lo profundo, y ahí también el submarino, pez de metal, intruso en los hondos desfiladeros, y dentro del submarino el Capitán Nemo toca Bach en el órgano, no toca bien, pero toca con emoción exaltada, inesperada en un hombre tan frío y calculador como él, y piensa que en la paz armoniosa de lo profundo se está a cubierto de la superficie inestable y tormentosa, lejos del mundo de los humanos con sus guerras y necedades: la industria irracional invadiéndolo todo en un frenesí metalizado de codicia tecnológica que todo lo va emponzoñando. Y hasta este gigante, el mar, sal misma de la vida, puede sucumbir.

Nemo bajo el agua, qué envidia, y nosotros acá arriba. Que llueva, que llueva. Otra ladera del arquetipo del agua, la lluvia. Orozco pintó al campesino con las manos juntas y apretadas, desesperado, implorando agua. Agua, agua, pero no demasiada, y a tiempo, ni antes ni después. Es demasiado pedir, tal vez, pero la plegaria del agua universal.

Uno de los más bellos versos mexicanos, escribe Alfonso Reyes —inútil es decir que es de Manuel José Othón—, propone sencillamente esta imagen directa, sencilla, clara, comparable a la poesía griega:

“Llena el agua los surcos del sembrado”.

Pues ésta es el agua que queremos, agua útil. Por fortuna el agua lleva en la utilidad la belleza, de suerte que al par deleita y aprovecha. u